

La cultura de masas como el nuevo opio del pueblo

Ramón Ignacio Correa García

M^a Eugenia Martínez Mojarro

Natalia Martínez Mojarro

Universidad de Huelva

«Se domina mucho mejor si el dominado permanece inconsciente. Los colonizados y sus opresores saben que la relación de dominación no se basa únicamente en la supremacía de la fuerza. Pasado el tiempo de la conquista llega la hora del control de los espíritus. Por este motivo, para todos los imperios que desean permanecer, la apuesta a largo plazo estriba en domesticar las almas» (Ramonet, 2000).

La cultura de masas, así como otros sistemas doctrinarios que forman parte de la vida de los ciudadanos de la sociedad actual conforman reglas de pensamiento y estilos de vida. Los autores plantean una reflexión sobre la hegemonía incontestable de los Estados Unidos y llega a la conclusión de que una realidad impuesta sutilmente consigue anestesiar la conciencia crítica de las personas a la vez que impide ver otras realidades.

La cuestión final a la que se abre esta colaboración es la que se refiere a un hipotético debate en saber qué futuro le queda reservado a la educación, en una sociedad donde la realidad está construida desde los medios y donde nuestra capacidad para ver otros mundos y otras realidades está sensiblemente mermada -o incluso no existe- por un nuevo opio para el pueblo.

1. Hossanas a un mundo feliz

Vivimos en el mejor de los mundos posibles. Sólo la imaginación puede colocar barreras a las extraordinarias cotas de libertad que disfrutamos. De hecho, podemos

elegir entre una hamburguesa doble con queso hasta un completo menú Big-Mac (ambas delicias sibaríticas con Coca Cola, *of course*); tenemos generaciones enteras fascinadas por las encantadoras imágenes surgidas de la factoría Disney o subyugadas por el hechizo arrollador de las producciones cinematográficas de Hollywood (aquí también podíamos decantarnos por escoger desde El Rey León hasta Pretty Woman); aún más, la sacralidad de la propiedad privada está plenamente garantizada por el imperio de la ley y si algunos facinerosos intentaran enajenarla (o colectivizarla, que para el caso es lo mismo), Supermán se encargaría de ponerlos en manos de la justicia para que pagaran muy caro su villanía (en el caso de que Supermán se encontrase algo indispuerto por una sobredosis de kriptonita nos quedaría felizmente el recurso de Batman, Spiderman, Dick Tracy o el mismísimo Capitán América).

A veces no se comprende esta ola de antiamericanismo que invade a ciertos sectores de la sociedad y que repudian y demonizan a los Estados Unidos como si esta gran nación fuese la responsable de todos los males que aquejan al planeta.

No hay la menor duda de que Estados Unidos es la nación indispensable y que su luz desbroza los intrincados senderos de la Historia más reciente. Acogió generosamente a oleadas de inmigrantes fundiendo en un crisol común a etnias, religiones y lenguas muy dispares para forjar el genuino «espíritu americano», verdadero adalid del mundo libre y tierra promisoría de libertad y riqueza para media humanidad.

Decididamente, éste es el mejor de los mundos posibles y hay argumentos que avalan esta afirmación.

2. Razones (evidentes) de una hegemonía

Estados Unidos, desde el punto de vista militar, es la primera potencia nuclear, espacial y marítima. En materia armamentística está varias generaciones por delante de los demás incluyendo su proyecto de la Guerra de las Galaxias y un sinfín de *gadgets* bélicos informatizados con altísimo poder de destrucción que puede rastrear cualquier señal en tierra, mar y aire sin ser vistos ni oídos.

Desde el punto de vista geopolítico, los Estados Unidos rigen los destinos de la política internacional supervisando e interviniendo en todos los continentes. Posee un peso decisivo en las organizaciones multilaterales que marcan los destinos de las naciones: ONU (Organización de las Naciones Unidas), G-7 (Grupo de los Siete Países más Industrializados), FMI (Fondo Monetario Internacional), BM (Banco Mundial), OMC (Organización Mundial de Comercio), OCDE (Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico), OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte)...

Por otra parte, Washington dispone de una impresionante gama de agencias de información: CIA (Central Intelligence Agency), NSA (National Security Agency), DIA (Defense Intelligence Agency)... con presupuestos mastodónticos que posibilitan maquiavélicos proyectos de espionaje a escala planetaria como el caso de la red Echelon (Rivière, 1999) o el más ambicioso si cabe de la *National Imagery and Mapping Agency* (NIMA).

Desde hace casi veinte años, la NSA procede a «escuchar» discretamente todas las comunicaciones internacionales: cada día millones de ejemplares de fax, télex, mensajes y llamadas telefónicas del mundo entero son cribados, seleccionados y analizados. La ingente masa de información es interceptada antes de que llegue a su estación de destino y analizada por potentes equipos informáticos que han seleccionado aquellos mensajes que contienen direcciones o palabras claves programadas. Algunos intelectuales sediciosos consideran estos hechos como un atentado contra la soberanía de los países y una violación de la intimidad personal, pero el caso es que *Echelon* no sólo se dedica a la prevención y vigilancia de grupos mafiosos o terroristas, sino que también forma parte de sus objetivos las informaciones de tipo económico y político que favorezcan los intereses de los Estados Unidos y de sus amigos aliados (Rivière, 1999).

A partir de 1997, el NIMA decidía participar -haciendo fuertes inversiones económicas- en el programa *Global Información Dominance* cuyo objetivo era controlar la explotación del flujo comercial de imágenes en el mundo: con esta agencia de televigilancia global, Estados Unidos disponía ya de una estructura de control de las telecomunicaciones internacionales que haría ridícula la comparación con la que montaron tras la segunda guerra mundial para vigilar las comunicaciones de los países del Este. El NIMA se encargaría desde entonces de centralizar el conjunto de imágenes, en tiempo real, captadas por los satélites militares y trabajar en la elaboración de un código estándar para el tratamiento de esas imágenes.

Es también la Bolsa de Nueva York el barómetro financiero planetaria y el templo sagrado de la mundialización económica de los mercados. Las fluctuaciones en esa Bolsa ponen en jaque al sistema financiero internacional. Nunca, de hecho, los amos de la Tierra habían sido tan pocos (existe una creencia tan falsa como ingenua: pensar que el poder lo detenta quien tiene el poder político). La brutal concentración de riqueza financiera se ha acelerado enormemente gracias a la revolución de las nuevas tecnologías a la vez que gran parte de los beneficios mercantiles de dudosa reputación han obviado los circuitos oficiales para refugiarse en paraísos fiscales nada comprometedores.

También hay que considerar que los tentáculos del Imperio americano son, además, científicos y tecnológicos. Estados Unidos succiona anualmente millares de cerebros que acuden a sus Universidades, laboratorios o empresas para completar su formación o ejercer una actividad profesional. Esto hace que el Imperio cuente, por añadidura, con un ingente capital humano de primera magnitud en cuanto a sus posibilidades intelectuales.

Otro axioma: Estados Unidos es la primera ciberpotencia en todos los órdenes ya que allí nació Internet y de allí son los grandes emporios con tendencias monopolizadoras en el ámbito informático y telemático (IBM, Microsoft, Intel, Apple, Yahoo, Amazon, American Online...). La información es la moneda de cambio de la sociedad digital. Si antaño la supremacía nuclear era el argumento disuasorio y condición *sine qua non* para dirigir coaliciones, hoy es la supremacía en la información quien es capaz de liderar al mundo y Estados Unidos está en la cima exclusiva para hacer valer su increíble potencial material y cibernético.

Por otra parte, existe una nueva vúlgata planetaria lanzada a los cuatro vientos por patronos y altos funcionarios internacionales, intelectuales mediáticos y periodistas de alto

nivel. Pensadores disidentes y sediciosos opinan que en este universo de lo simbólico han desaparecido conceptos como lucha de clases, dominación, desigualdades, derechos de los trabajadores... y han desaparecido bajo el pretexto de su obsolescencia o de su impertinencia (Bordieu y Wacquant, 2000). Parece como si la revolución neoliberal quisiera rehacer la estructura simbólica del mundo desterrando de la memoria colectiva las conquistas de más de cien años de luchas sociales. Pero nos tememos que ese intento de generar esa amnesia colectiva a través del control simbólico no es sino el efecto biombo que oculta el desmantelamiento deliberado del Estado social y del debilitamiento de la fuerza sindical, el fortalecimiento de la idea de empresa como unidad de beneficios, la generalización del asalariado precario y de la inseguridad social, la mutación de las clases trabajadoras en clases consumidoras... (Bordieu y Wacquant, 2000). Por desgracia, el monstruo neoliberal cree que nunca muchos clientes son bastantes ni muchos mercados son demasiados (es posible sostener la hipótesis de que la globalización no es una etapa del capitalismo postindustrial sino una auténtica retórica que invocan los Estados para justificar así su sumisión voluntaria a los mercados financieros).

Otros opinan que Estados Unidos reconstruye así el mundo a su imagen y semejanza. La colonización mental que impone el Imperio hace que la globalización sea, a la vez, una especie de ecumenismo cultural o de fatalismo economicista provocados por la supremacía del dólar y también una máscara bajo la cual se oculta una relación de fuerza transnacional como una necesidad natural y determinista que divide a los pueblos en mercados solventes o excluidos: «Tras la guerra fría en la que ha vencido el capitalismo y en teoría el pensamiento liberal, cada vez menos corregido por el socialismo moderado, se configura una oferta de pensamiento único social-liberal que en realidad ratifica un neodeterminismo histórico pancapitalista y la inevitabilidad de la hegemonía de la lógica económica sobre los proyectos políticos» (Vázquez Montalbán, 1999).

No hay más que una civilización, la del neoliberalismo, que propugna lo que denominan como Pensamiento Único y dos clases de grupos humanos: los que tienen la suerte de pertenecer al Nuevo Orden y los marginados o excluidos del sistema y que, evidentemente, son los únicos responsables de su suerte. Por fortuna, la mano invisible del mercado y el crecimiento macroeconómico corregirán los desfases y desigualdades entre los grupos humanos: «...Y el mercado es inocente: o más que inocente, el mercado es Dios, el único Dios» (Verdú, 1999).

3. The *american way of life*

No aceptar el modelo americano de sociedad y cultura supone no querer ver la realidad en toda su dimensión y parapetarse tras posturas ideológicas más o menos románticas, herederas de Mayo del 68 y que, como aquella algarada estudiantil, no conducirán a nada productivo.

Aquellos escritores marginales que hemos aludido antes opinan que los medios de información de masas forman parte de un amplio sistema doctrinario para «mantener al rebaño perplejo» (Chomsky, 1994) o «mantener la chusma a raya» (Chomsky, 1995). Pero no caen en la cuenta de que Estados Unidos es un inmenso *Hide Park Corner* donde cualquier persona puede manifestar libremente sus ideas o experiencias sin temor a las

futuras represalias.

Los auténticos valores americanos como la libertad o el triunfo del individualismo son exportables y asumibles por los ciudadanos de cualquier país. En algunas publicaciones, que más parecen un libelo, se comenta que aparentemente, «nunca hemos sido tan libres como ahora para repensar la realidad; en cambio, pocas veces hemos estado tan amenazados por la capacidad de un sistema por imponer, con tanta impunidad, verdades uniformadoras. Los supermercados de la verdad están llenos de diversos envoltorios para el mismo contenido. El Pensamiento Único se ha convertido en una pesadilla porque lo que inculca no coincide con la realidad inmediata; es posible que un día fracase y que desaparezca la hipnosis de los media» (Vázquez Montalbán, 1999).

Si no se tiene fe en el modelo americano no se puede pensar que alguna vez el Sr. Gates, por ejemplo, a título individual o el Banco Mundial, por ejemplo, como institución, puedan hacer el milagro de la multiplicación de las hamburguesas y de las Coca-Colas para dar de comer a las hordas de infieles que no practican la religión del consumismo (Correa, 2000) -pobre arriba, pobre abajo, entre 1500 y 2000 millones de habitantes del planeta que son los que viven en estado de extrema pobreza (menos de un dólar por día, carencia de agua potable y de acceso a la sanidad y a la educación), o tampoco creer que las industrias de la ilusión puedan suministrar bellísimas producciones audiovisuales para los mil millones de analfabetos que existen en la faz de la Tierra y así evangelizarlos en la buena nueva de los dogmas neoliberales.

Se sabe que el número de indigentes es excesivo pero siempre queda el remedio de las más de doscientos millones de minas antipersonas que existen diseminadas en los países donde vive esa gente y que harán fluctuar a la baja esa estadística demográfica (además, entre las hambrunas, los conflictos tribales o religiosos que suelen mantener y los desastres naturales, cada vez habrá menos pobres que alimentar).

Por otra parte, esa gente no sabría disfrutar de los enormes adelantos de la vida moderna: ¿qué podrán hacer con lujosos automóviles, enormes rascacielos, con aviones, autopistas, teléfonos, tarjetas de créditos, ordenadores, conexión a Internet a través de fibra óptica...? Es una pena que no crean ni en el modelo americano ni en Papá Noel (Ramonet, 1997).

Dicen -lenguas aviesas y malintencionadas- que si Marx levantara la cabeza esta vez diría que la cultura de masas o la misma *American way of life* serían el opio del pueblo, pero creemos que eso es pura envidia de un sistema de vida con el que todos soñamos.

Y si alguna vez se nos cayera la venda de los ojos y descubriésemos que estamos inmersos en un inmenso *Matrix* siempre nos quedará el consuelo de volvernos a colocar esa venda y comprar el silencio de nuestras conciencias con la comida para cerdos que Circe nos proporciona cada día, gracias a Dios.

Sólo entonces podríamos citar a Marx (Groucho, *of course*) cuando decía: «Partiendo de la nada hemos llegado a las cotas más altas de la miseria».

Referencias

BORDIEU, P. y WACQUANT, L. (2000): «La nueva vùlgata planetaria», en *Le Monde*

Diplomatique, 55.

CORREA, R.I. (2001): *La sociedad mesmerizada. Medios, nuevas tecnologías y conciencia crítica en educación*. Huelva, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva.

CHOMSKY, N. (1994): *Lo que realmente quiere el Tío Sam*. Madrid, Siglo XXI.

CHOMSKY, N. (1995): *Mantener la chusma a raya*. Tafalla, Txalaparta

RAMONET, I. (1997): *Un mundo sin rumbo*. Madrid, Debate..

RAMONET, I. (2000): «Un delicioso despotismo», en *Le Monde Diplomatique*, 55.

RIVIÈRE, Ph. (1999): «El sistema Echelon», en *Le Monde Diplomatique*, 45.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. (1985): *Historia y comunicación social*. Madrid, Alianza.